



Sin un plan hidráulico, la agricultura canaria seguirá sometida al agio y a la especulación de las aguas de riego, como viene aconteciendo hasta ahora.

CANARIAS

LA CRISIS DE LA AGRICULTURA

«L A situación de la agricultura canaria alcanza ya caracteres dramáticos, su supervivencia está en peligro». En estos rotundos términos se me manifestó recientemente un agricultor tinerfeño, que reflejaba el sentir general de los cultivadores insulares. No se vea en estas pesimistas declaraciones la parcialidad de un agricultor aislado a quien le van mal las cosas personalmente. Esta misma opinión pesimista se formuló sin ambages en el Segundo Pleno del Consejo Económico Sindical de Canarias, celebrado en Las Palmas en diciembre pasado. Allí en el pleno sindicalista, y al estudiar el estado actual de la economía regional agraria, se proclamó textualmente: «La agricultura tradicional ha llegado hasta el punto más bajo de la carrera descendente».

La historia de la agricultura canaria es la historia de una larga crisis, con graves incidencias en el destino humano de los habitantes de aquellas islas, a las que una estúpida propaganda turística ha calificado de Afortunadas, y que de eso no tienen nada. Pero la crisis de ahora presenta inquietantes aspectos nuevos, que hacen que no se vislumbre esperanza para el agricultor canario. Las crisis anteriores se produjeron en un contexto más esperanzador que el actual, pues hasta ahora siempre se divisaba en el horizonte la posibilidad de nuevos cultivos que reemplazarán los que habían perdido rentabilidad. Así ocurrió con los cultivos de la vid y la caña de azúcar primero, y luego con el de

la cochinilla. Además, en los momentos de crisis los isleños tuvieron siempre el recurso de la emigración a América. No es que se vaya a estas alturas a hacer un panegírico de la emigración, que ha constituido una atroz sangría colectiva del pueblo español, aparte del drama individual de quienes se veían forzados a abandonar el terruño. Pero sí es oportuno dejar constancia que una salida —que no solución— a las periódicas crisis agrícolas del Archipiélago, que era la emigración a América —la única soportable para el insular,

el primer trimestre de este año se había producido un grave descenso en la producción y exportación del fruto con relación al trimestre del año anterior. Pero estos episodios negativos no son más que pura anécdota en el marco de un proceso muy profundo de crisis estructural, que posiblemente no ha llegado todavía a sus últimas consecuencias. Veamos sucintamente las últimas fases de este proceso de deterioro.

La posguerra española hasta los cincuenta fue la última época de esplendor de la agricultura de ex-

La necesidad de competir en un mercado internacional más exigente obligó a los agricultores canarios a una mejora de la calidad del tomate que se ofertaba, lo que supuso una subida de los costes de producción, ya elevados a consecuencia del normal crecimiento de los jornales. No salió mejor librado el plátano, que vio reducidos poco a poco sus mercados exteriores. El mercado peninsular, antes infravalorado, absorbió cada día más una mayor proporción de la producción.

Este inicio de la crisis de la agricultura tradicional de exportación canaria se agudizó en la década de los sesenta. El cultivo del plátano y del tomate empieza a dejar de ser un negocio rentable.

El embalamiento de la crisis del plátano y del tomate coincidió desafortunadamente para el sector agrícola con el «boom» del turismo. Durante la década del sesenta al setenta fueron puestos a disposición del turismo el exceso de recursos subempleados que hacían vegetar a una agricultura en decadencia. Las consecuencias para el sector agrícola de este «boom» turístico —en diez años se construyeron en Canarias cien mil plazas hoteleras— fueron nefastas: subieron vertiginosamente los jornales, fueron nulas las tan necesarias inversiones en captaciones de agua y acueductos, y se produjo una despoblación del campo al irse los campesinos a la industria de la construcción y abandonar los cultivos. Posteriormente gran parte del personal que trabajaba en la construcción se arraigó en la in-

Pedro Fernaud

pues la marcha a Europa no llegó a cuajar nunca—, es inviable por primera vez en la historia de las islas. Esta circunstancia ensombrece aún más el panorama desesperanzado de la agricultura canaria.

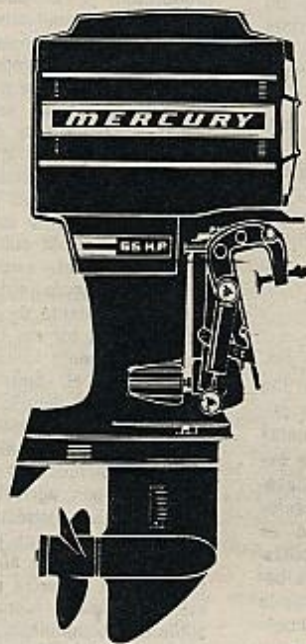
Durante este siglo la economía canaria se ha sustentado en los cultivos intensivos del tomate y del plátano, que encontraban su salida en la exportación. Esta base se ha tambaleado en los últimos años poniendo en grave riesgo toda la economía insular. Reciente está la crisis de la exportación del tomate a los países de la Comunidad Económica Europea, de la que se hizo amplio eco la prensa nacional. En lo que respecta al plátano, hace unos días se hizo pública una información de que en

portación. Eran los tiempos de elevados precios en Europa de los productos agrícolas y de bajos jornales de los trabajadores agrícolas canarios. Fueron momentos de euforia económica, que pronto desapareció. En seguida el sector agrícola de exportación hubo de atravesar una época de estabilización con drástica reducción de beneficios, y consiguientemente de la capacidad de inversión. Las economías europeas comenzaron a resurgir y los países receptores de plátanos y tomates tuvieron la posibilidad de nuevas fuentes de suministros. Las consecuencias fueron pronto perceptibles para todos. El tomate canario vio reducida sensiblemente su demanda, que se tradujo en una caída de precios.

MERCURY 650

FUERA BORDA

para disfrutar
como ud. realmente desea



Cuente con Mercury para sus fines de semana y sus vacaciones... y vívalas a todo ritmo.

Con un Mercury fuera-borda usted descubrirá nuevas formas de hacer mejores sus mejores ratos: esquiar arrastrado por un torrente de potencia; navegar sin problemas gracias a la mejor mecánica mundial en fuera-bordas; escapar a mar abierto para pasar una alegre jornada en compañía de los amigos; ir, llegar, volver, siempre con la seguridad que proporciona un motor líder indiscutible en propulsión marina.

Decídase por Mercury, el

fuera-borda "responsable" en calidad y en servicio, con una perfecta Red de Agentes para atender al motor y sus repuestos, prepararlo para invernaje, almacenarlo junto con su embarcación, o transportar ambos donde usted desee. Hay 25 modelos Mercury, en 10 potencias diferentes entre 150 H. P. y 4,5 H. P., para que usted haga lo que realmente desea. Vea a su Distribuidor Mercury.

La nueva Gama 75 de Motores Mercury, manteniendo su potencia consumen menos combustible.

TOURON

Castelló, 23 - Tels. 225 68 98 - 275 17 15 - Madrid-1



MER/CRUISER
DENTRO-FUERA BORDA

dustria hotelera, perdiendo todo lazo que les uniera con el campo. Si a estos graves obstáculos a la producción, se une una pésima comercialización, el lector tendrá una descripción de lo grave de la crisis. Copiamos de un reciente estudio económico sobre Canarias realizado por el Banco de Bilbao:

«La comercialización de los diferentes productos agrícolas canarios presenta unos canales sobrecargados, circunstancia que encarece y resta agilidad a las transacciones. Además, las exportaciones de plátanos y tomates encuentran en esta deficiente organización comercial un serio obstáculo para la consecución de nuevos mercados, puesto que la lentitud y el excesivo número de operaciones, muchas de ellas manuales, a que se ve sometido el fruto influye directamente en la calidad y presentación. La supresión de intermediarios, la reducción de operaciones que imponen los modernos sistemas de contanerización, la mayor velocidad en los transportes y las mejoras en el sector portuario de Canarias son otros tantos factores cuya puesta a punto podría paliar las deficiencias observadas imprimiendo una superior dinamicidad en la transacción de los productos agrícolas del archipiélago.»

La crisis de la agricultura canaria es, aparte de sus graves consecuencias sociales y económicas, el desplome de una épica agraria poco conocida —mejor, prácticamente desconocida— en la Península: la del cultivador isleño en lucha perpetua contra un desfavorabilísimo entorno natural: suelo volcánico con elevadas pendientes y penuria de agua. Esta lucha tenaz del agricultor canario bien merece unas líneas de divulgación.

El cultivo del plátano y del tomate, especialmente el primero, exigen tierras bien preparadas en zonas cálidas o costeras, de mayor temperatura y vientos escasos. Además, al ser cultivos intensivos y de regadío, requieren grandes cantidades de agua en unas islas donde no hay ríos ni otras corrientes de agua. Las zonas altas y medias (de mediana) se siguen destinando —por regla general en régimen de aparcería— a cultivos de secano: maíz, trigo, patatas, vid. La mayoría de las tierras buenas del archipiélago se encuentran en posesión de los descendientes de los conquistadores castellanos, favorecidos por las «datas» de que fueron beneficiarios. «Datas» que muchas veces incluían el uso de aguas de las fuentes naturales que ya existían en las islas. Otra gran porción de las tierras buenas se encuentra en manos de los emigrantes, de aquellos que hubieron de abandonar las islas natales porque en ellas no tenían medios de vida, y que, deseosos de volver al terru-

ño, invirtieron en él el dinero ganado en los penosos sacrificios de la emigración. Pero la mayor parte de los agricultores canarios no tienen sino tierras eriales, volcánicas y mal preparadas. Son estos agricultores modestos los protagonistas de esta épica agraria a que hice antes referencia: la transformación de estos eriales en huertas aptas para el cultivo. Para ello hubieron de realizar increíbles trabajos de sorribo o explanación, colocando sobre ellos tierras traídas de otros lugares distantes de la isla, así como construir muros de contención y cortavientos.

Hablemos ahora un poco del agua, el gran drama canario. La escasez de agua tiene una enorme repercusión negativa en la agricultura canaria. Las aguas destinadas al riego proceden: a) de pozos y galerías excavados cerca de los cultivos y en las laderas montañosas, y b) del aprovechamiento de las torrenteras provocadas por la lluvia. Últimamente se especula con el establecimiento de estaciones desalinizadoras del agua del mar para su aprovechamiento con fines agrícolas, pero lo cierto es que el elevado costo del agua así obtenida lo hace, por el momento, prohibitivo para el agricultor. El agricultor canario —especialmente el de las islas occidentales— se ha servido tradicionalmente de las aguas extraídas de los pozos y galerías. No es para contar aquí el enorme esfuerzo que la iniciativa privada, desasistida por completo del Estado, ha hecho para el alumbramiento de agua subterránea. Pero todo este esfuerzo está gravemente comprometido por la falta de una adecuada política hidráulica. Sin un Plan Hidráulico, la agricultura canaria seguirá sometida al aglio y a la especulación de las aguas de riego, como viene aconteciendo hasta ahora. Hay que ir a la elaboración de un código especial para Canarias que contemple y regule decididamente el régimen de aguas desde un postulado básico: la adscripción del agua a la tierra, sin posibilidad de que existan propietarios o comerciantes de agua que carezcan de la condición de agricultores. Hay que terminar con los «acuatenedores».

El balance de la situación actual de la agricultura canaria es bien desconsolador. En definitiva, es el resultado de una falta de racionalidad económica y social. Y política —por qué no decirlo—, porque todo lo relacionado con el acontecer colectivo de una comunidad tiene una clara vertiente política. Sin una planificación y control democráticos de la economía canaria, la agricultura de las islas seguirá despeñándose por el abismo. La crisis de la agricultura canaria es, pues, un reto político al que hay que hacer frente sin demoras. ■ P. F.

